



Comentario bibliográfico

Zubizarreta, Ignacio: *Unitarios, historia de la facción que diseñó la Argentina moderna*, Buenos Aires, Sudamericana, 2014.

Inti Yanasú Artero Ituarte

Universidad Nacional de Mar del Plata

intiyanasu@gmail.com

Fecha de recepción: 28/03/2015

Fecha de aprobación: 22/04/2015

Unitarios, historia de la facción política que diseñó la Argentina moderna, es la adaptación para divulgación de la tesis doctoral de Ignacio Zubizarreta. El autor se propone abordar el acontecer histórico de uno de los grupos políticos más importantes del período que se extiende desde 1820 hasta 1852. Con una estructura narrativa dinámica y de ágil lectura, nos adentra en los aspectos centrales que atraviesan a este grupo político: redes familiares, proyectos políticos, debates internos, relación con los sectores populares, armas y política.

La introducción de la obra nos ofrece un contexto histórico sobre el período abordado. También describe el formato del libro y las aspiraciones del autor, pero no presenta los conceptos que serán utilizados a lo largo del ensayo, como “agrupación”, “facción”, “partido”, etc. El autor no profundiza acerca de su hipótesis, y la evocación respecto a la trascendencia del grupo unitario en las políticas de segunda mitad del siglo XIX solo queda en mención y no es desarrollada.

El primer capítulo, “El momento rivadaviano”, toma como eje central el gobierno de Martín Rodríguez en la provincia de Buenos Aires, asumiendo este momento como el punto cumbre de la política unitaria. El libro comienza presentando la figura de Bernardino Rivadavia como el referente por excelencia de este grupo. Los debates dentro de la sala de representantes de Buenos Aires significaron, según Zubizarreta, el encuentro político del grupo económico fuerte (principalmente ganaderos y comerciantes) de ese momento. Las reformas rivadavianas son centrales en este proceso. Las necesidades económicas de la posguerra independentista y la organización de las relaciones internacionales (respecto de España y a Brasil) volvieron necesario un discurso unificado, que amalgamase los intereses particulares de las provincias del ex virreinato. Si bien el autor no fundamenta el recorte temporal, comienza a presentar el contexto histórico que llevará a la aparición del unitarismo como grupo a partir de 1824.

En el primer entreacto —“¿Buenos o malos? La historiografía y la construcción de la imagen de los unitarios”— se propone un breve recorrido sobre la historiografía y el abordaje del unitarismo. Allí, Zubizarreta nos acerca un contrapunto entre Mitre y López sobre la figura de Rivadavia, presentando así la historiografía liberal que primó desde mediados del siglo XIX hasta principios del XX. El autor presenta, a su vez, el movimiento revisionista en dos de sus vertientes: por un lado un revisionismo nacionalista, de principios de siglo, conservador y criollista; por otro, un “revisionismo de izquierda”, propio de la década del sesenta, donde la militancia política primaba sobre la erudición. Finalizando la presentación del debate historiográfico, el autor menciona el giro “profesional” de la década del ochenta que observará como el momento de predominio de lo académico por sobre la militancia política.

En el segundo capítulo, “El proyecto unitario nacional y las Asambleas Constituyentes (1824-1828)”, Zubizarreta nos introduce a los diferentes tópicos que signaron las Asambleas Constituyentes: la organización política del país (autoridad del congreso, potestad del ejecutivo, etc.), la cuestión económica (enfiteusis y banco nacional) y la designación de los espacios nacionales (capitalización y nacionalización de la aduana). Los debates asamblearios dieron forma y exposición pública a diferentes grupos políticos, como el caso de unitarios y federales.

El segundo entreacto se propone analizar, de “forma amplia y general”, una cuestión muy presente en la historiografía argentina actual: los sectores populares y su vinculación con la elite política. El autor argumenta que las relaciones entre las élites y los sectores del bajo pueblo son inextricables para la consolidación de cualquier proyecto político a partir de 1810. Centrado en la concepción que el grupo unitario tiene sobre el pueblo (sectores de bajos recursos, desprovisto de educación y falta de valores republicanos) propone hacer un registro de diferentes intentos del unitarismo por acercarse al pueblo. El enfoque que propone no es sobre los unitarios que pertenecían a las clases populares (pulperos, maestros, comerciantes, etc., correctamente señalados por el autor), como sector o grupo, sino a partir de determinados unitarios (integrantes de la elite) y su relación con las masas. Este tipo de observaciones limita el análisis al estudio de trayectorias individuales y no de procesos. La conclusión del breve ensayo postula dos ideas centrales: por un lado, la incapacidad de las instituciones (unitarias) para integrar los sectores populares a su proyecto de reforma social (educación en valores políticos republicanos, legislación en pos del orden y progreso); y por otra parte, el hecho de no poder incluir a dichos sectores sino intentando cambiar la naturaleza de los mismos, imponiendo un modelo cultural ilustrado y europeizante.

El tercer capítulo se ocupa de los acontecimientos que tienen lugar desde el levantamiento de Lavalle, en diciembre de 1828, hasta la derrota de Lamadrid al frente de la Liga Unitaria y su disolución en 1831. El autor reconstruye el periodo tomando como eje temático el derrotero unitario en sus campañas militares, aunque denota el cambio de rumbo en la modalidad política del grupo priorizando a los líderes “de acción”, como llamará el autor a personajes como Lamadrid o Lavalle.

El tercer entreacto aborda el tópico de la violencia, suceso habitual y generalizado en la sociedad porteña de la primera mitad de siglo. Para ello toma tres ejemplos concretos: Juan Cruz Varela, Antonio Somellera y Gregorio Aráoz de Lamadrid. Zubizarreta propone acercar al lector actos violentos que eran vividos con cotidianeidad. En una presentación de las fuentes, y de una manera muy atractiva, visibiliza la violencia con la que se coexistía hacia principios de la década de 1830. Los casos presentados nos ofrecen una imagen de “desprotección de los unitarios” ante el avance político (y acompañado de una violencia cuasi institucionalizada) del federalismo.

El cuarto capítulo, titulado “Unitarios en el exilio (1831-1840)”, analiza las consecuencias inmediatas de la caída de la Liga Unitaria. Por un lado, la fuga de algunos unitarios a países vecinos, en especial a la Banda Oriental, lugar donde se organizaron periódicos y logias antirrosistas. Quienes no abandonaron el territorio argentino, buscaron refugio bajo la tutela de Alejandro Heredia (gobernador tucumano). Por otro lado, se observa la aparición en escena de la generación del ’37, grupo opositor al rosismo y discrepante de la política asumida por el unitarismo. Si bien el autor rescata algunos posicionamientos en común, describe los principales desacuerdos entre estos grupos antirrosistas. La victoria político-diplomática frente al bloqueo francés del restaurador de las leyes, le permitirá profundizar más las diferencias entre los sectores disidentes.

El cuarto entreacto, “Las dicotomías internas del unitarismo”, propone comprender la pluralidad ideológica que se hallaba en las entrañas mismas de la agrupación. La diversidad de origen, el rol asignado en el funcionamiento interno de la agrupación, nos demuestran que el “perfil unitario” no es algo uniforme. Respecto a la organización partidaria el autor recorre superficialmente la gran participación de provincianos en las filas del unitarismo. Presenta tres casos ejemplares: Mendoza, Salta y San Juan. Es aquí donde se bosqueja, aunque sin presentarlo como tal, una definición sobre lo que podemos considerar una “facción”. Según el autor, el unitarismo conformó una facción política en tanto y en cuanto se articuló como un campo político abierto en el que confluían actores de diversos orígenes, amalgamando intereses particulares. El otro elemento desarrollado es la organización interna. “Hombres de espada” y “hombres de pluma” se disputan la conducción de dicho campo político. Zubizarreta plantea que “El rol asignado” fue uno de los elementos de discrepancia entre los unitarios. Igualmente, la idea de organización interna queda soslayada y tampoco se ofrece una referencia bibliográfica que permita al lector profundizar su observación.

La discrepancia al interior del unitarismo será, según Zubizarreta, uno de los elementos que llevarán a la desaparición de la agrupación después de Caseros, como consecuencia de la asociación de algunos a proyectos como el mitrismo, el alsinismo o el urquicismo.

El último capítulo, titulado “Nuevas campañas contra Rosas y disolución de la agrupación”, aborda la última docena de años del gobierno rosista. El autor remarca cómo las disidencias con

respecto a la política del gobernador porteño eran cada vez mayores, pero los intentos aislados de subversión no habían logrado más que el fortalecimiento de la figura de Rosas. Los unitarios habrían emprendido una etapa de flexibilización de sus posturas a fin de amalgamar intereses contra el líder federal. Los ejemplos abundan: la Coalición del Norte, la búsqueda de apoyo en el extranjero (Francia, Inglaterra, Brasil, Uruguay). Por otro lado, algunos unitarios abandonaron el rol político activo y se dedicaron a sus actividades económicas personales. Finalmente, la disolución de la agrupación es considerada como un proceso acabado. Si bien las mutaciones políticas son correctamente señaladas, el autor no evidencia la relación concreta entre el unitarismo y el liberalismo.

Antes de terminar, nos gustaría hacer algunas apreciaciones. Resulta interesante la idea de plantear un texto en dos niveles: uno destinado al desarrollo de su hipótesis argumental y otro dedicado al debate historiográfico y su desarrollo. Esto genera expectativas en el lector que no siempre son satisfechas. Un ejemplo de esto es la mención que hace el autor a la participación y actuación de los sectores populares dentro del unitarismo. La elección de realizar un análisis centrado en personajes de la élite, en donde los grupos subalternos parecen ser espectadores o simples agentes de dimisión de conflictos intra-élite, obvia los trabajos de historia social, como por ejemplo los de Di Meglio, Mata, Fradkin y Ratto, que nos hablan de interacción y negociación, de tensión y acuerdos. Reconociendo la existencia concreta de relaciones y adhesión de parte del bajo pueblo con el sector unitario, sería interesante profundizar en ese aspecto incorporando los diferentes trabajos centrados en el campo popular, para acercar al lector una noción más íntegra sobre las condiciones e ideas del mencionado sector.

Por otro lado, uno de los puntos importantes a señalar es la dificultad en definir los conceptos de facción, agrupación y partido, que por otro lado, para el lector serían más útiles si estuviesen al inicio del texto y no en las conclusiones como elige Zubizarreta. El autor tampoco discute o acerca posturas con aquellos investigadores que se han ocupado del tema como por ejemplo Nora Souto (citada en la bibliografía pero no incluida en la discusión) o Fabián Herrero. Otro tanto ocurre con el concepto de “agrupación política” y “campo político”.

Finalmente, si bien la violencia durante el periodo estudiado es correctamente señalada, la definición proporcionada por Zubizarreta resulta escueta. Al no considerar que se está analizando una sociedad que ha pasado más de tres décadas en guerra, proceso que conlleva una alta militarización y que está forjando un nuevo orden¹, se dificulta la posibilidad de una mejor comprensión del proceso, dejando al lector con un bagaje conceptual que por momentos resulta anacrónico.

1 Bragoni, Breatriz y Miguez, Eduardo (coords.): *Un nuevo orden político. Provincias y Estado Nacional, 1852-1880*, Buenos Aires, Biblos, 2010.